

UN HOMBRE SENCILLO

Ahora bien, como futuro sabio, a Lisson no le faltaba nada. No tiene otro vicio que el del estudio y no se le conoce mas "debilidad" que la de la tercera tanda de los teatros por hora. Ignora por completo las adulaciones, conservando siempre su carácter diáfano pero a la vez severo; recogido siempre en la investigación y el estudio. Hombre ajeno a las extravagancias y derroches, prefiere estar entre sus estudiantes o en el ambiente de un laboratorio. Son los dotes personales del Dr. Lisson, que son los mismos de los grandes hombres: muy austero y a la vez muy generoso en el reconocimiento de las cualidades de sus colegas. Por eso es que su discurso "*Mis Fracasos*" (pieza de oratoria que pronunciase Don Carlos I. Lisson Beingolea con motivo del homenaje público que le hicieran sus alumnos y la Sociedad de Ingenieros en el año 1913) y que dedicase a la juventud peruana, constituye, no solo un verdadero acicate para los estudiantes en la disciplina geológica, sino que por su contenido, por sus recomendaciones y profundo significado, es una vívida demostración del genio, nobleza, humildad y perseverancia de este sabio maestro, que con el devenir de los años los geólogos reconocerían como el *Padre de la Geología Nacional*:

MIS FRACASOS

"Señores:

Me parece mentira que yo pueda ser objeto, aun en parte, de una actuación pública: que tanta gente pudiera acudir y que una sala tan grande, como esta, se llenara para escucharme. Desde esta Tribuna, la asistencia me produce una impresión penosa, me acobarda.

Me siento anonadado en presencia de personas tan circunspectas, porque ellas han venido movidas por la curiosidad natural de saber lo que yo pueda decir en mi descargo.

Profesionales, amigos, funcionarios, colegas de cátedra, una gran parte de mis alumnos y hasta el Ministro de Fomento, todos tienen puestos sus ojos en mi. ¿Qué les puedo decir? El Director de la Sociedad que provocó esta situación, y yo



que la acepté, de puro vanidoso (hay que confesarlo) somos los únicos causantes, los autores de esta escena deslucida y embarazosa para los dos a la vez. Solo el bello sexo que veo representado por ojos indulgentes y labios sonrientes, me alienta y me conforta. Pero repito ¿Que he hecho yo para merecer una actuación semejante? Esperan que yo explique las razones de mi postergación? ...El público va recibir una nueva contrariedad.

Parodiando a un célebre sabio inglés, mi carrera científica se resume en una serie no interrumpida de fracasos. Y yo soy un fracasado incorregible. Aun mas, necesito, quiero, amo el fracaso. Creo en él. ¿A qué vienen, pues, las frases lisonjeras, las inequívocas muestras de simpatía, por parte de per-

sonas que huyen de él? No merezco alabanzas, lo aclaro. Cometí muchos errores, y reincido en ellos. De otro lado, que extraña, que contradictoria la impresión que se produce en mi animo, cuando asocio los aplausos que oigo, a los recuerdos vigilantes que me mortifican.

No es cierto que sería curioso, que sería interesante, recordar ante ustedes, que han venido preparados, aun mas con la consigna de aplaudirme, recordar repito, los errores garrafales que cometí, uno a uno, en mis estudios? Y que honda desilusión van a experimentar mis queridos alumnos. Pero, en cambio que experiencia espontánea surgirá en ellos, para confortar sus espíritus tan propensos siempre a desalentarse ante el primer contratiempo. Tan necesario es habituar la piel a las inclemencias de la intemperie, como educar el alma a los fracasos propios y ajenos.

Fracasos, Fracasos, Fracasos: ¿Qué labor he realizado que no haya comenzado, cuando menos, por un traspisés? En la evolución de mis publicaciones, en ese avatar casi carnavalesco de mi persona. ¿No fueron un fracaso mis versos, la impresión del texto de matemática, que ya no dicto después de 15 años de enseñanza consecutiva, y la monografía trunca del Cerro San Cristóbal? Mis queridos alumnos no saben que detrás del profesor, cuyas obras y estudios comienzan a ser leídos, estuvo no hace mucho un muchacho rebelde, iconoclasta, ante el ara santa de la Ciencia escrita, cuyo único mérito consistió en describir la

verdad y razonar sin ligazones. No saben mis alumnos que el profesor de ayer ¡cuantos errores ha cometido, cuanta ignorancia ha tenido que vencer y que cúmulo de trabajo tiene delante, para seguir el progreso ajeno! ¿No tuve yo la inocencia de engolfarme en estudios determinativos de fósiles sin que nadie me hubiese guiado durante los primeros pasos del aprendizaje? ¿Cuál fue el resultado? Una clasificación falsa: ¿No amanecí una buena mañana convertido en inventor de una máquina destinada a fabricar láminas delgadas de roca: Máquina que duerme el sueño de los justos por inaparente? ¿Han olvidado ustedes aquella determinación de ciertas especies que consideré como *Sonneratia*, ignorando que realmente se trataba de formas desconocidas, es decir, de un material de investigación excelente, dejando pasar así la rara oportunidad de crear un género propio? Nuevo descalabro. ¿Puede este amable público escuchar sin sonreírse que yo confundí una pista de gusano con un coral? ¿Y que decir de aquella globigerina confundida con una textularia?

Por otra parte ¿Quién se acuerda hoy de mis investigaciones sobre las cantidades indefinidas? Es tanta la fuerza misteriosa de mis fracasos que hasta fracasan conmigo los sabios de verdad. Allí está el generoso académico de París que cayó en error de sinonimia, al proponer la creación de un género con mi apellido: Los *Lissonites* nacieron muertos! Pero, en fin, por ventura ¿Puede haber fracaso mayor que el mismísimo accesit que nosotros estamos celebrando?

¡Fracasos, Fracasos, Fracasos! Benditos fracasos que han tenido el don del cielo de no desanimarme! Benditos fracasos que me han proporcionado largas horas de placer inefable en el silencio del laboratorio: Sin aquellos fracasos ni yo habría introducido en mi patria los estudios de rocas y fósiles, ni ustedes me habrían ofrecido una velada confirmatoria de esta mi vieja teoría!

Fracasos, fracasos, fracasos. Accesit, accesit, renovada crisálida de mi cerebro ¿Cual sería la mariposa de luz que he de ver aletear ante mi vista atónita, que he de cazar al vuelo con mi saco de gasa y he de describir y figurar en un próximo artículo mío.

Alumnos que me están escuchando, alumnos donde yo mismo me reconozco, allí entre la apretada fila de esa promoción siempre jocosa, siempre sufriendo, siempre idealista y amante de la ciencia pura; eterna juventud nunca temáis al fracaso: Estudiad y publicad. Que el temor de errar no anule vuestro esfuerzo antes de realizarlo. Asimilando, labraré vuestra personalidad futura. Evocad y errad mil veces, y así lograreis abrir vuestro surco. Pero estudiad de verdad: buscad y elegid material nuevo para el trabajo.

No confundáis la originalidad científica, con la erudición y la vulgarización. Los sabios verdaderos, los que publican los tratados fundamentales, los que civilizan al orbe entero, sólo tomarán en consideración vuestra labor si es sincera, original y nueva. Tened presente alumnos míos, que trabajáis para los científicos de Europa y Estados Unidos de Norte América, de allá viene el estímulo y de allá cae el veredicto inapelable. Advertid bien de que existe una diferencia esencial entre producir conceptos y teorías nuevas, descubrimientos basados en investigaciones y observaciones propias, personales, que es la originalidad a manejar la producción ajena, bajo la forma de estudios históricos, bibliográficos o de vulgarización con tendencias didácticas, o prácticas de utilidad. Buscad siempre la novedad: Si Humboldt comparó al Perú a un pobre sentado sobre un banco de oro, considerando solo sus riquezas minerales. ¿Que podremos decir nosotros del inagotable material que nos ofrecen todos los ramos de la historia natural?

La concha de nuestro territorio es abundante; no hay sino que apearse de la bestia para encontrarla sobre el camino. Al trabajo: Fracasan sólo y para siempre los que no han fracasado de hecho: en la realidad:

Gastad vuestra actividad, vuestro entusiasmo, noveles compañeros míos de labor, en asuntos dignos de vuestra heredad. El legado de Raimondi se conserva intacto todavía.

Alejaos de la atmósfera efectista de la política. Los éxitos de la elocuencia parlamentaria son glorias vanas: duran lo que las hojas del periódico que los consignan. Aspirad a honra mayor, a grabar unas pocas palabras de verdad en el libro eterno de la Ciencia.

Fracasad, fracasad, pero fracasad buscando lo nuevo, lo desconocido, lo hermoso, fracasad trabajando por descubrir lo que nadie sabe, fracasad en la empresa magna de aumentar el conocimiento de los hombres! En medio de toda investigación fracasada, pero llevada a cabo con sinceridad, quedan de pie algunas ideas, como las columnas solitarias de ciertas ruinas antiguas. De los mismos fracasos sufridos por mi, aun subsisten juicios y descripciones respetadas por el tiempo...

Y las véo, y me consuelan, y me alientan...

Fracasos, fracasos y fracasos míos... Que las canas que blanquean mi cabeza os cobijen mañana con el purísimo amor de ayer y de hoy, para repetir una vez mas: Juventud trabajad, trabajad: no temáis al fracaso. El fracaso es mero accidente: es la promesa del éxito vivido.

He dicho."